

## El europeísmo de Emilia Pardo Bazán

Marisa Sotelo Vázquez  
UNIVERSITAT DE BARCELONA  
msotelo@ub.edu

(recibido noviembre /2021, aceptado diciembre/2021)

RESUMEN: Este artículo se propone estudiar a través de algunos de sus textos principales el europeísmo de Emilia Pardo Bazán. Sin menospreciar la tradición española, reivindica Europa como posibilidad de regeneración futura, de manera que conecta con el pensamiento de escritores mucho más jóvenes, como Miguel de Unamuno. Para ello, nos detendremos en obras como *Por la Europa católica* de 1902.

PALABRAS CLAVE: Europeísmo, Emilia Pardo Bazán, Regeneracionismo, Literatura de viajes.

ABSTRACT: This article aims to study through some of its main texts the Europeanism of Emilia Pardo Bazán. Without underestimating the Spanish tradition, it vindicates Europe as a possibility for future regeneration, in a way that connects with the thinking of much younger writers, such as Miguel de Unamuno. To do this, we will stop at works such as *Por la Europa católica* (1902).

KEYWORDS: Europeanism, Emilia Pardo Bazán, Regenerationism, Travel Chronicles.

Emilia Pardo Bazán fue una europeísta convencida y lo fue desde muy joven, como se deduce de la atenta lectura de sus obras, especialmente de los “Apuntes Autobiográficos”, además de múltiples artículos, prólogos, discursos y crónicas de viajes.

Al europeísmo de la autora coruñesa contribuyó en primera instancia su educación fuertemente afrancesada, como evoca en los mencionados “Apuntes”, tras su paso por “cierto colegio francés”, donde recibió como alimento espiritual “*Telémaco* por activa y pasiva, *Fabulas de La Fontaine* a pasto”, y en el que “las menos lerdas salimos de allí hechas unos loritos hablando francés a destajo” (Pardo Bazán 1973: 702-3). Y también contribuyó de forma decisiva su precoz afición a la lectura que la lleva a familiarizarse con la literatura francesa moderna desde muy joven, en primer lugar a través del entusiasmo por las novelas de Víctor Hugo<sup>1</sup> para pasar después a Flaubert, los Goncourt, Daudet y Zola, en su viaje

<sup>1</sup> Su fascinación por Víctor Hugo y por *Nuestra Señora de París* se narra con estas entusiastas palabras en los “Apuntes Autobiográficos”: “Esto sí que es novela -pensaba yo relamiéndome-. Aquí nada sucede por modo natural y corriente, como en Cervantes, ni parece una cosa de las que a cada paso ocurren, como en *Fernán*: aquí todo es extraordinario, desmesurado y fatídico, y el entendimiento de quien lo ha escrito tampoco puede medirse con los demás, sino que es fénix sin par” (Pardo Bazán 1973b: 706).

a Vichy en 1881. Lecturas a las que irá sumando a lo largo de su trayectoria su interés por Gautier, Verlaine, Huysmans, Rod, Baudelaire, Bourget, Loti, Barrès y tantos otros.

Otro aspecto fundamental que la acerca a Europa desde muy joven es su afición viajera. Emilia Pardo Bazán consideraba el viaje fuente imprescindible de conocimiento, de descubrimiento de otros países, otras culturas, costumbres y lenguas, siempre con la mirada atenta a todo aquello que pudiera enriquecer la cultura nacional. Ella, por su posición social, tuvo la fortuna de poder viajar por varios países europeos, y aunque son muy frecuentes sus viajes a Francia, Vichy, París y Burdeos, son también importantes sus viajes a Italia<sup>2</sup>, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, como lo prueban las diferentes crónicas de las sucesivas Exposiciones Universales celebradas en París, *Al pie de la Torre Eiffel* (1889), *Por Francia y Alemania* (1889), *Cuarenta días en la exposición* (1900), y un libro fundamental en el aspecto que aquí nos ocupa, *Por la Europa católica* de 1902.

Atendiendo rápidamente al desarrollo cronológico de sus obras es preciso mencionar que cuando la escritora inicia su carrera periodística en diversas publicaciones gallegas, y especialmente en *El Heraldo Gallego* (1874-1880), ya es muy evidente su interés por la cultura europea, en este caso por el romanticismo inglés y la personalidad de Lord Byron, así como también por el género de la balada, en un primer acercamiento a la poesía romántica alemana, que años después ampliaría con la traducción de obras de Heine.

Y en la década de los años ochenta los artículos tantas veces citados de *La cuestión palpitante* son un buen ejemplo de su interés por demostrar que la barrera de los Pirineos para ella no era un obstáculo ni un freno a su extraordinaria curiosidad. En los artículos de la famosa polémica -frente a los que renegaban del naturalismo- ella reivindicó en más de una ocasión la necesidad de abrir la cultura española a la cultura francesa.

El posterior interés por la literatura rusa a partir de 1886-87 será también un buen ejemplo de lo que venimos diciendo. De ahí sus palabras en las páginas iniciales y justificativas de sus conferencias en el Ateneo de Madrid en otoño de 1887, recogidas en libro con el título de *La revolución y la novela en Rusia*:

A veces me ha sucedido oír censuras por mi afición a estudiar el movimiento literario extranjero y darlo a conocer en mi patria; siendo así que no tienen las letras españolas, las castizas, las de manantial quien con más sincera devoción las ame y procure servir las. Mas esta devoción no pide la ignorancia, desprecio y odio fanático de la belleza cuando se realiza en países extraños. Nunca, que yo sepa, alcanzó la valla de los Pirineos ni los mares que nos cercan a aislarnos intelectualmente del resto del orbe y peor para nosotros si tal llegase a suceder (Pardo Bazán 1973a: 761).

Su concepto de cultura, sin renunciar a la tradición española, fue expansivo y cosmopolita, siempre dispuesta a valorar críticamente múltiples influencias de la cultura europea, francesas, alemanas, italianas, inglesas o rusas, que enriquecieran la cultura nacional; por ello no concibe el aislamiento: “¿a qué rodear a España de un cordón sanitario, hoy absurdo, y sobre absurdo, inútil?”. Y, en un párrafo posterior del mismo

<sup>2</sup> Del viaje a Italia ha quedado constancia en *Mi Romería* en 1888.

prólogo precisará aún más su incipiente comparatismo crítico: “¿Ni cómo prosperaría la crítica si la condenasen a privarse de términos de comparación, a girar siempre en el mismo círculo, a no salir de casa así se muera de tedio?” (Pardo Bazán 1973b: 761). Aislamiento del que solo saldrá la cultura española si se abre a la cultura europea:

A los españoles no nos viene mal abrir de tiempo en tiempo aunque sea un ventanillo para avizorar lo que se piensa en Europa. [...] el mundo se nos acaba en la frontera o tal vez en la Puerta del Sol; no atribuimos importancia sino a nuestras mezquinas agitaciones políticas, a los nimios acontecimientos de nuestra vida interna; y mientras tanto nuestra influencia exterior se anula, vivimos intelectualmente arrinconados -verdad dolorosa que sería delito callar, y que nada supone en contra de las aptitudes geniales de nuestra raza- (Pardo Bazán, 1973b: 761).

En su objetivo de situar la cultura española al nivel de la cultura europea hay que contemplar el apoyo decidido que Emilia Pardo Bazán prestó a la empresa editorial emprendida por el mecenas Lázaro Galdiano, con la creación de la revista *La España Moderna*, sin duda, la publicación más importante del último tercio del siglo XIX, émula de la francesa *Revue des deux Mondes*, que ella con toda seguridad conocía bien. Y ligada a esta empresa editorial la creación de la “Colección de libros escogidos”, traducciones de textos fundamentales tanto del francés como del ruso, en este último caso siempre a partir de traducciones francesas. Dicha colección puso al alcance del público español obras de Zola, como *La novela experimental*, *Las veladas de Medan*, *Estudios Literarios o El doctor Pascal*; y de Tolstoy, *La sonata de Kreutzer*, *El Príncipe Nekhli* o *En el Cáucaso*; además de las novelas de los Goncourt, *Renata Mauperin* y *Germinia Lacerteux*, por citar solo unos ejemplos sin olvidar a Turgueniev, Daudet, Wagner, Renan o Barbey d'Aureville. En la decisión de traducir a estos autores se perciben evidentes afinidades electivas de Pardo Bazán. Y, además, en este aspecto hay que resaltar su propia faceta de traductora del monumental libro de Auguste Vitu, *París en 1890*<sup>3</sup>, con pie de imprenta de Enrique Rubiños, en el marco de La España editorial y un año después su traducción de la novela de los Goncourt *Los hermanos Zemganno*, para la misma editorial.

Se podrían añadir otras múltiples colaboraciones, artículos, conferencias, que acentúan su europeísmo, pero baste con la obligada referencia ya en el siglo XX a los tres volúmenes dedicados a la *Literatura francesa Moderna*, *El Romanticismo* (1910), *La Transición* (1911) y *El Naturalismo* (1914), a los que habría que añadir el volumen póstumo de *El lirismo en la poesía francesa* (1926). De la lectura de esos volúmenes se desprende el extraordinario conocimiento que tenía Emilia Pardo Bazán de la literatura francesa moderna, que ejemplifica mejor que cualquier otra declaración o juicio puntual una verdadera vocación europeísta, más aún afrancesada.

En este itinerario europeo, no solo cultural sino social y político, sobresale su interés por dos países, Francia y Bélgica, por motivos distintos aunque en cierta medida complementarios. Para entender el entusiasmo de Pardo Bazán por Bélgica, más allá

<sup>3</sup> Sobre dicha traducción véanse los artículos de Dolores Thion (2005: 197-242) y Adolfo Sotelo (2021: 49-66).

del interés por la pintura flamenca, hay que analizar sus reflexiones sobre la situación social, política y religiosa de dicho país en contraste con la situación española. La autora, desde una actitud crítica y con un manifiesto afán regeneracionista, va estableciendo una continua comparación entre la situación de ambos países a través de los trece artículos sobre la organización social, religiosa, cultural y artística de Bélgica, recogidos en *Por la Europa católica*. Libro publicado en 1902 y que tras “Una advertencia al que leyere”, recoge además de los trece artículos mencionados, tres artículos más sobre diversas cuestiones francesas y dos últimos sobre Portugal.

En la Advertencia inicial o declaración de objetivos señala que sus artículos tienen como ciertas novelas dos argumentos, uno social y otro artístico. Y guiada por su interés no solo en justificar los contenidos de esta recopilación, sino sobre todo con la finalidad de que pudieran ser útiles en nuestro país, declara el papel fundamental que el catolicismo activo, coherente y vivaz había desempeñado en las transformaciones sociales belgas.

En los artículos iniciales de *Por la Europa católica* no podía faltar una referencia a la precariedad de la vida moderna española que se reflejaba en el escaso número de trenes y sus complicados enlaces para viajar a las capitales europeas, agravado en su caso por la situación geográfica de Galicia, y también por cierta incompreensión española ante el afán por viajar sin un objetivo determinado:

En España la afición a viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo o se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas “comodidades de su casa” sin las cuales mucha gente no comprende la vida (Pardo Bazán 2003: 438).

El segundo artículo titulado “Hacia la frontera”, fundamental en esta recopilación para el análisis de su vocación europeísta y su afán de regeneración, se abre con una exclamación que resume en muy pocas palabras no exentas de ironía y en sintonía con el Unamuno del *En torno al casticismo* el verdadero objetivo de estos artículos:

¡Europeicémonos!<sup>4</sup> A pesar de los cambios que ya están mucho más arriba de las nubes, al nivel de las estrellas; a pesar del miedo que nos meten hablando de calores senegalianos, de gente que se cae muerta de insolación fulminante en las calles de París, hemos tenido el arranque de dejar nuestras frescas rías gallegas y asomarnos a ver qué pasa en el mundo, aunque sea por un agujero. Manda la Iglesia confesarse una vez al año, y antes si hay peligro de muerte. Manda la cultura viajar sin aparente necesidad una vez al año, y más si hay estancamiento y tendencia regresiva- manía de andar hacia atrás, que no falta entre nosotros (Pardo Bazán 2003: 441).

<sup>4</sup> Escribía don Miguel de Unamuno en 1895 en los artículos publicados en *La España Moderna* y recogidos posteriormente en libro con el título de *En torno al casticismo* lo siguiente: “¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo. [...] España está por descubrir, y sólo la descubrirán españoles europeizados” (1972: 141).

En el mismo artículo subraya de forma muy gráfica y también con manifiesta ironía: “la civilización no es malo traerla en la maleta, pero sobre todo su lugar está en el espíritu” (Pardo Bazán 2003: 441), a la vez que puntualiza que el afán civilizador hay que ejercerlo con una sana actitud crítica y selectiva: “porque a Europa no vamos a recogerlo todo, oficio de traperos; y aún los traperos, realizada su burda cosecha, escarban en ella y apartan lo que importa conservar. Hay que importar la esencia, la esencia exquisita, que embalsame nuestras bravías cordilleras y nuestras mesetas áridas” (Pardo Bazán 2003: 442).

Justifica doña Emilia por qué, a pesar de sentirse profundamente española, propende a buscar el remedio a los males de la patria a través del viaje y el conocimiento de otros países europeos. No olvidemos la fecha de estos artículos, posteriores al desastre del 98, y en consecuencia teñidos de regeneracionismo como otros textos y discursos finiseculares de la autora, tales como la conferencia pronunciada en París sobre “La España de ayer y de hoy, la muerte de una leyenda”, y los discursos del Ateneo de Valencia en 1899 o el pronunciado en 1901 en los Juegos florales de Orense:

[...] sintiéndome tan acérrima española, cada vez propendo más a buscar fuera de España remedios y lecciones. ¿Se acuerda alguien de uno de los primeros y más discutidos dramas de Echegaray, en que el enamorado de una beldad ciega va a conseguir en remotos países el medicamento o filtro que devuelva luz a sus amadas pupilas? España es tan hermosa como la Princesa de la más romántica novela de caballería; pero sus ojos están cubiertos de membrana oscura; la lumbre de este sol, radioso no penetra en ellos sino al través de brumas y sombras seculares. Viajemos ¿Quién sabe si daremos con el filtro mágico? (Pardo Bazán 2003: 442)

El viaje se alía así con el afán regeneracionista y su severa crítica a la situación española y de ahí su constante recomendación a salir, a viajar, a interesarse por otras realidades europeas como remedio al ensimismamiento y a la falta de acción: “En las actuales circunstancias, nada mejor que ponernos en contacto con Europa. A fuer de país de corto resuello, de energías agotadas pronto, España solo atiende a localismos: se ha colocado en la postura de los Budas, y se mira a sí misma, con estrabismo convergente” (Pardo Bazán 2003: 442).

A la pregunta de qué país de Europa podía ofrecer ejemplos a imitar, teniendo en cuenta que en España a lo largo del XIX dos cuestiones habían alterado su pulso (la mal llamada cuestión religiosa y el separatismo) responderán una buena parte de los restantes artículos, sobre todo aquellos que versan sobre cuestiones sociales y religiosas. Pues precisamente estas cuestiones, especialmente la cuestión religiosa, justifica su interés por los logros de la iglesia belga y su contribución en un país católico pero también socialista a las más importantes transformaciones sociales tanto en el terreno agrícola, como en la educación esmerada de sus escuelas, su civismo y la excelencia de sus universidades entre otras muchas cuestiones que afloran en el artículo “La abadía de Maredsus”, en el que Pardo Bazán subraya el contraste entre ambos países, Bélgica y España:

No estoy, no, en España, aunque estoy al pie de una abadía como las de la Edad Media, centro mitad agrícola, mitad docente [...] que es la señora territorial y moral,

ilustradora y bienhechora de la comarca.[...] No pululan a la sombra de este convento mendigos ni viejas de pueril espíritu devoto [...] la devoción, practicada naturalmente y sin respeto humano, no es como entre nosotros, cosa abandonada desdeñosamente por los hombres, aún por los que más se precian de católicos, para que la recoja, a título de distracción inofensiva, el femenino sexo (Pardo Bazán 2003: 454).

Desde estas reflexiones que no escatiman la crítica feminista irá valorando las aportaciones del socialismo belga y las del catolicismo social que eran en muchos aspectos complementarias. En todos estos comentarios demuestra un buen conocimiento tanto de la obra del socialista radical anticatólico Vandervelde, *El socialismo belga*<sup>5</sup>, como de la encíclica papal, *Rerum novarum*<sup>6</sup>, fundamental en la orientación social del catolicismo en los años finales del siglo XIX. Doña Emilia percibe en el catolicismo belga, porque en el fondo está en sintonía con sus propias ideas y creencias, dos aspectos destacables, la combinación de pensamiento y acción social, de ciencia y religión, glosados sobre todo en el artículo con resonancias bíblicas titulado “Trabajadores de la viña”, dedicado a la prestigiosa universidad de Lovaina, donde comprueba las fructíferas relaciones entre ciencia y religión, así como otras cuestiones relacionadas con los recursos económicos de la universidad y el interés por la educación femenina. La nostalgia que tiñe sus palabras al contemplar los logros de la sociedad y de la iglesia belga muy especialmente en el recinto universitario, aulas, laboratorios, bibliotecas en contraste con la triste y decadente situación española es patente en estas palabras:

Yo oía atentamente, con religioso respeto. La idea y la imagen de la patria no se apartaban de mí, y eran la raíz de la emoción, más bien depresiva y melancólica, que me embargaba poco a poco. Tenía sed. Veía por las muchas ventanas flamencas, entreabiertas, la viva verdura del jardín, pero dentro de mi alma se desarrollaba una procesión de eriales, de mesetas amarillentas, calcinadas por el sol, sin riego, sin árboles, sin casa ¡Sequedad, sequedad infinita! Y me estremecí cuando el filósofo, resumiendo en una frase el sentido de todo aquello –laboratorio, aulas, actividad, estudio– pronunció firmemente:

–La iglesia belga asume una gran responsabilidad... Lo sabemos. ¡Somos responsables! (Pardo Bazán 2003: 476).

En los últimos artículos recalará en cuestiones aparentemente menores pero que dicen mucho de la organización social de un país, me refiero a la racionalidad de los horarios en la vida y el trabajo cotidiano, al descanso dominical o a los auxilios sociales dedicados a los marginados, donde a su juicio vuelve a insistir en que convergen el catolicismo social y el socialismo y de nuevo reaparece la reflexión crítica sobre la decadencia española: “¿No se ha preocupado la opinión española –a pesar de su insensibilidad de corcho– con

<sup>5</sup> Émile Vandervelde (1866-1938), político, economista y profesor de la Universidad libre de Bruselas. Miembro destacado del partido Obrero, desempeñó diversos ministerios a lo largo de su carrera política, Justicia, Sanidad y Asuntos Exteriores.

<sup>6</sup> *Rerum novarum* (“De las cosas nuevas”) fue la primera encíclica social de la Iglesia, que veía con preocupación el proceso de descristianización de las masas populares. Fue promulgada por León XIII (15 de mayo de 1891). Es considerado un trabajo notable para atender a los problemas sociales suscitados por la Revolución industrial y el creciente movimiento obrero. La iglesia se mostraba partidaria de ciertas mejoras laborales a la vez que defensora de la propiedad privada.

el problema de los ‘golfos’ madrileños? ¿No hemos comprendido lo que representa ese síntoma?” (Pardo Bazán 2003: 487).

Y desde el europeísmo social al cultural a través de los artículos de arte: “En el país de la pintura”, “Amberes, un museo católico. Una procesión” y especialmente en el artículo dedicado a Joaquín Sorolla titulado “Gante. El cordero místico”<sup>7</sup>. En ellos siguiendo un riguroso orden cronológico revisa la nómina de los grandes pintores flamencos que fueron los verdaderos protagonistas de la espléndida tela histórica de los Países Bajos, desde Van Eyck a Rembrandt.

Tras la enumeración establece claramente una jerarquía al detenerse en el análisis de la personalidad artística de Rubens. Y a partir de la contemplación de sus obras esboza una teoría sobre su pintura que tiene exactamente la misma raíz, el mismo andamiaje teórico que sustenta su crítica literaria. Me refiero al segundo capítulo de la *Filosofía del Arte* de Hipólito Taine dedicado a Rubens. También tras los juicios de la escritora marinera está la lectura atenta de la *Introducción a la historia de la literatura inglesa*, en la que el filósofo francés postulaba que “las producciones del espíritu humano, como las de la Naturaleza, sólo pueden explicarse por el medio que las produce”. De ahí que, a juicio de la autora de *Los Pazos de Ulloa*, aunque se pueden contemplar cuadros de Rubens en París para comprenderlos y aquilatar su verdadero valor es necesario contemplarlos en su medio natural, en Amberes, en Bruselas o en Malinas, es decir en la tierra, el paisaje, incluso en el clima en que el creció y en el que educó su sensibilidad el artista<sup>8</sup>:

A los pintores flamencos en general, a Rubens en particular, hay que buscarles donde tienen la raíz. Por viajero que haya sido Rubens, su educación pictórica, su formación, son flamencas, flamencos sus maestros, y hasta el eclecticismo de su pintura pudo ya encontrarlo en uno de éstos, el que más acción ejerció sobre el glorioso alumno. El día en que la fuerza, el vigor adquirido y reconcentrado por la moderación y la paciencia, virtudes de la raza, se depositan en un alma, ese día nace Pedro Pablo Rubens (Pardo Bazán 2003: 451)

El volumen de *Por la Europa católica* se cierra con unas notitas portuguesas. La primera, sobre Lisboa, es una defensa del iberismo, pues considera que “nada efectivo y real nos separa a españoles y portugueses, de que somos un mismo pueblo, una misma raza, es decir, de que razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descienden igualmente los extremeños de *alem Tejo*, los gallegos y los portugueses ribereños del Miño”. Demuestra un buen conocimiento de la obra de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica* (1879), que se cita en más de una ocasión y comparte sus ideas sobre la historia de ambas naciones, pues, aunque era fácil realizar la división política y geográfica “era inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica y cuyos elementos tradicionales nada difieren” (Pardo Bazán 2003: 507). También observa el paralelismo histórico de

<sup>7</sup> Me he ocupado del análisis de esta cuestión en Sotelo 2008: 413-426.

<sup>8</sup> Taine escribe: “es necesario estudiar de cerca la formación de Bélgica para comprender el nacimiento de la escuela que lleva el nombre de Rubens [...] Rubens no es un genio aislado, y el número y los talentos que le rodean muestran que la floración, cuyo brote más preciado fue su genio, era producto de su tiempo y de su nación” (*Filosofía del Arte*, t. II, p. 118).

ambos pueblos que desempeñaron un brillante papel en el mundo para después decaer. Y desde esta perspectiva histórica común señala una ventaja cultural de Portugal sobre España, su conciencia de su situación decadente y su aspiración a convertirse en nación europea:

Portugal desea revivir. Se da cuenta de su retraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura a la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y funesto casticismo (Pardo Bazán 2003: 507-8).

En Portugal, a juicio de doña Emilia, se vivía más cerca de Europa y un síntoma evidente de esta cercanía era el conocimiento de varios idiomas común a la mayoría de los portugueses, mientras que en España era privativo de unos pocos ilustrados. Pardo Bazán, que era políglota, lamentaba el desconocimiento de otras lenguas por parte de sus compatriotas y con ironía escribe:

[...] son como aquel cura que sólo sabía leer el misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. No haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien la cuenta por gloria. Précianse de legos y contribuyentes a que su patria sea y se duerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve (Pardo Bazán 2003: 508).

Varios artículos dedicados a diversos asuntos de la sociedad francesa, concretamente a la ciudad de Burdeos, así como algunas consideraciones sobre las costumbres provincianas y la proverbial tacañería del carácter francés muy palpable en la escasa comida, la frialdad y la pobre iluminación de las habitaciones de los hoteles evidenciaban las grandes diferencias entre la capital, París, y las ciudades de provincias. De su estancia en Burdeos le parecen destacable sus bodegas y las fiestas relacionadas con el vino de las que dice apoyándose en una referencia literaria: “para describir el banquete había que robar la pluma a un Flaubert. Nunca tendré ocasión más propicia de reconocer hasta qué punto es fiel la pintura que de las costumbres provincianas trazó el autor de *Madame Bovary*” (Pardo Bazán 2003: 504).

No obstante, doña Emilia alaba la extraordinaria habilidad de los franceses para, a través de las fiestas organizadas por los cosecheros de Burdeos, reforzar la economía de su región y más allá del “espíritu local, en apariencia estrecho [...] engrandecerse, ayudando a engrandecer la patria”. Y añade de nuevo con la vista puesta en España: “no empleo la ironía para describir aquella fiesta típica y curiosa; si algo sentí fue envidia. De estos banquetes deseo muchos para España” (Pardo Bazán 2003: 504).

Desde estos últimos artículos podemos volver al principio de este trabajo, la vertiente más conocida de su europeísmo, que gira siempre en torno a la cultura francesa y más específicamente a su fascinación por la ciudad de París, ventana abierta a todos los vientos europeos. Eduardo Gómez Baquero en una entrevista para el *Mercure de France* (1-IV-1906) definía a doña Emilia como “une véritable parisienne”, afirmación que se confirma

en las crónicas sobre las Exposiciones de 1889, *Al pie de Torre Eiffel* y *Cuarenta días en la Exposición* (1900). Concretamente en el primero de estos volúmenes no solo abundan las referencias culturales sino también las cuestiones de orden social como la patología del genio, las nacientes sociedades del folklore, las cuestiones feministas e incluso cuestiones más frívolas pero no menos determinantes en la atmósfera de toda una época, tales como la moda exótica del japonismo, que introdujeron los Goncourt, presente en la decoración, los muebles y la ornamentación floral de moda en la capital francesa, y muy especialmente la moda en la indumentaria, el gusto por los sombreros, plumas, encajes y joyas, toda la sofisticación del vestir femenino que siempre interesó a Pardo Bazán, que arranca de sus continuos viajes a París.

Como contrapartida al buen conocimiento de París, la sociedad intelectual francesa le tenía respeto y consideración –es conocida su amistad con los hermanos Jules y Edmond Goncourt, que la citan varias veces en su *Diario íntimo* (1851-1895), y también la sorpresa que causó en Émile Zola el interés de una mujer española y católica por la doctrina naturalista-; o su buena amistad con Boris de Tannenberg, el escritor ruso afincado en París, autor de *L'Espagne littéraire. Portraits d'hier et d'aujourd'hui*, que además de un estudio de la personalidad de Tamayo Baus, Menéndez Pelayo y Pereda, dedicaba un buen retrato a doña Emilia. De ese prestigio deriva el hecho poco frecuente de que, tras el desastre colonial del 98, fuera invitada a pronunciar una conferencia en la prestigiosa Sala Charras sobre “La España de ayer y de hoy, la muerte de una leyenda”. Conferencia pronunciada en francés el 8 de abril de 1899, en la prestigiosa Sociedad de conferencias a la que dio publicidad el mencionado autor ruso Boris de Tannenberg, en el *Journal des Débats* y reseñada elogiosamente por Rubén Darío en *La Nación* de Buenos Aires con el título “La Pardo Bazán en París” en una crónica recogida en *España Contemporánea*:

Doña Emilia está ahora por París; ha hablado a los franceses de la España de ayer, de la España de hoy y de la España de mañana... Como casi siempre, dos versiones llegan, una del éxito de la conferenciante, otra del fracaso. Creo desde luego en la primera. Los franceses (fuera de la tradicional cortesía y de la no menos tradicional novelaría) han oído en su idioma a una mujer muy inteligente, muy culta, que les ha hablado desembarazadamente de un tópico que todavía no ha perdido su actualidad; el problema español, después de la *débâcle* (Darío 1987: 122).

Y añade Rubén que, de no haber delegado en Menéndez Pelayo o en Galdós, nadie como la autora coruñesa para representar a la cultura española, precisando además su prestigio en París y su conocimiento de los principales cenáculos literarios de la ciudad:

La señora Pardo Bazán cuenta desde hace tiempo con largas simpatías y amistades del otro lado de los Pirineos, desde sus visitas al *desván* de los Goncourt, desde *La cuestión palpitante*. Es colaboradora de más de una revista parisiense, y luego, para su buena recepción, tenía la excelente “guardia de honor” de *La Fronde*. No deja de haber murmuradores que encuentran raro lo de que España vaya a ser representada intelectualmente, en la sociedad de Conferencias, por una mujer. “Después de todo –me decía un espiritual colega- es lo que tenemos más presentable fuera de casa” (Darío 1987: 122)

Ciertamente, doña Emilia admiraba profundamente y conocía bien la cultura francesa y, sobre todo, admiraba también –algo que casi nunca se menciona–, el sistema de enseñanza francés, tal como se desprende de sus palabras en el discurso pronunciado en el Ateneo de Valencia en 1899, exhortando con manifiesto afán regeneracionista a los asistentes a mirarse en el espejo del país vecino:

En esto nos miramos en el espejo de Francia, que a raíz de sus humillaciones declaró y confesó que la había vencido, no el estratega y el táctico de puntiagudo casco, sino el maestro de escuela alemán; y después de confesarlo, hizo otra cosa mejor: prepararse a que no volviese a suceder, desarrollando la enseñanza hasta elevarla al nivel que le corresponde en una nación de tradiciones intelectuales tan gloriosas, si bien no más gloriosas que las nuestras. Y que ahí, en la postración de la enseñanza, está el secreto de nuestros males, lo comprenderá quien recuerde las condiciones características de una nación próspera, lo que se denomina un Estado de cultura, y las compare a las de nuestra nación (Pardo Bazán 1899).

Convencida del valor de la educación en la tarea regeneracionista finisecular se volverá a ocupar de la enseñanza francesa, en su doble vertiente, laica y religiosa, en la crónica XIX de *Cuarenta días en la Exposición* señalando como ambas vertientes no eran excluyentes sino complementarias. Cuestión peliaguda en la sociedad española, donde durante años habían estado enfrentadas:

En Francia batallan la enseñanza oficial y la enseñanza libre. La primera es indiferente en religión, o sea laica; la segunda, religiosa, católica. No se combaten tratando de desacreditarse e injuriándose en polémicas y escritos, o con imposición a la conciencia en la familia, el confesonario y el púlpito: algo de esto habrá, y es natural que haya; pero, en lo esencial, se riñe a cara descubierta y con armas iguales; los numerosos establecimientos de enseñanza católica se preocupan, en primer lugar y para obtener supremacía, de enseñar tan bien como el Estado, si no mejor (Pardo Bazán 1901: 128).

No olvida tampoco en sus visitas a la capital francesa la lectura de la prensa periódica para comprobar su interés por la cultura española: “Ente los diarios franceses, el *Fígaro* es el que pasa por mejor informado de las cosas de España. Crítica los desplantes de *L’Écho de Paris*, con el pretexto de una corrida de toros de Lagartijo” (Pardo Bazán 1889: 183). Y, sobre todo, declara en repetidas ocasiones su envidia ante la vitalidad e incluso el clima de polémica de la sociedad francesa, señal inequívoca de que era una sociedad dinámica, viva y progresista:

Lo he dicho reiteradamente a mis amigos franceses, es que, ante nuestra postración, casi envidio para España esos problemas y hasta esas disensiones, esas luchas, y se las envidio más cuanto más encarnizadas... Son oxígeno vital. Les envidio el asunto Dreyfus; les envidio sus nacionalistas, sus militaristas, sus antimilitaristas, sus clericales y sus laicos, sus intelectuales y sus *accionistas*. Desde lejos y aun desde cerca, para el que no es francés, el cuadro de batalla es atractivo como un Vernet o como un Neuville. Lo único triste y feo y sin horizontes, el marasmo, la indiferencia, la parálisis, la lucha enana por egoísmos individuales, locales, profesionales o corporativos. Combatir por

corrientes de ideas, aunque sea entre polvareda asfixiante e impura, y suspender el combate para ofrecer a la humanidad un espectáculo como el de la Exposición... eso es ser una nación magnánima, y si la decadencia latina avanza, no será por culpa de Francia, que no deserta de su puesto avanzado y de honor. He aquí lo que deduzco de mi balance francés (Pardo Bazán 1901: 282).

El marasmo, la modorra y la ramplonería que por contraste denuncia en la sociedad española coincide con los juicios expresados por Unamuno en los ensayos de *En torno al casticismo*, singularmente en el quinto, “En torno al marasmo actual de España”, que, sin duda, doña Emilia había leído con suma atención como lo prueba la huella en otros textos regeneracionistas que no viene al caso citar aquí.

En lo dicho hasta ahora, espigado en su amplísima obra, discursos, ensayos, artículos y crónicas aflora siempre el carácter extrovertido de una mujer inteligente y vital, con una curiosidad insaciable y un extraordinario afán de conocimiento teñido de profundo españolismo, que nunca fue obstáculo para manifestar un declarado europeísmo.

Europeísmo que tiene su origen, como hemos dicho, en su concepción de la cultura expansiva y cosmopolita, pues el espíritu observador que la dominaba, siempre con afán de aprender desde la mirada al otro y desde el otro, la convirtió en una espectadora inteligente y sensible de las corrientes culturales, las costumbres y las artes de los diferentes países europeos siempre en estrecha relación con su actitud regeneracionista, dibujando el perfil de una auténtica intelectual gallega, española y europea.

## BIBLIOGRAFÍA

Behiels, Lieve (2011): “Una visita al taller de Emilia Pardo Bazán. El papel de Eugène Fromentin, Émile Montégut, Jules Destrée y Émile Vandervelden en la elaboración de *Por la Europa católica*”, *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, Enrique Rubio Cremades et al. (coords.), Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 55-66.

Behiels, Lieve (2011): “Claves belgas para la lectura de *Por la Europa católica* de Emilia Pardo Bazán”, *Revista de Literatura*, 75, pp. 139-162.

Carrasco Arroyo, Noemí (2007): “Emilia Pardo Bazán, periodista y viajera. Las crónicas de la Exposición Universal (1889)”, en *Emilia Pardo Bazán: el periodismo. Actas del III Simposio*, J. M. González Herrán et al. (eds.), A Coruña, RAG/ Casa Museo Emilia Pardo Bazán, pp. 341-348.

Carrasco Arroyo, Noemí (2008): “Emilia Pardo Bazán, lectora y crítica de libros de viaje”, *Lectores, ediciones y audiencia: la recepción en la literatura hispánica*. María Cecilia Trujillo Maza (coord.), Vigo, Editorial Académica del Hispanismo, pp. 74-79.

Freire, Ana María (2006): “Emilia Pardo Bazán, traductora, una visión de conjunto”, *Traducción y traductores: del Romanticismo al realismo*. Francisco Lafarga y Luis Pegenante (ed.), Madrid, Peter Lang, pp. 143-158.

Gómez Baquero, Eduardo (1906): "Madame Pardo Bazán à Paris. Lettres espagnoles", *Mercure de France* (1-IV-1906), pp. 457-462.

González Herrán, José Manuel (2021): "Emilia Pardo Bazán: 'La primera vez que vi París...'", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 851 (mayo), pp. 18-31.

Pardo Bazán, Emilia (1973a): "Apuntes autobiográficos", *Obras completas*, Madrid, Aguilar.

Pardo Bazán, Emilia (1973b): *La revolución y la novela en Rusia*, *Obras completas*, Madrid, Aguilar.

Pardo Bazán, Emilia (1889): *Al pie de la Torre Eiffel*, Madrid, Administración.

Pardo Bazán, Emilia [1889]: *Por Francia y Alemania*, Madrid, España Editorial, s.a. [1889]

Pardo Bazán, Emilia [1901]: *Cuarenta días en la Exposición*, O.C., t. XXI, Madrid, Renacimiento.

Pardo Bazán, Emilia (2003): *Por la Europa católica*, *Viajes por Europa*, Madrid, Bercimuel.

Pardo Bazán, Emilia [1910]: *La Literatura francesa moderna. El Romanticismo*, O.C., t. XXXVII, Madrid.

Pardo Bazán, Emilia [1911]: *La Literatura francesa moderna. La Transición*, O. C., t. XXXIX, Madrid.

Pardo Bazán, Emilia (1914): *La Literatura francesa moderna. El Naturalismo*, O.C., t. XLI, Madrid.

Pardo Bazán, Emilia (1926): *El lirismo en la poesía francesa*, O.C., t. XLIII, Madrid, Pueyo.

Penas, Ermitas y Sotelo, Marisa, (ed.) (2020): Estudio y notas de *Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós. Crónica de un encuentro intelectual y sentimental*, Santiago, Universidade de Santiago de Compostela.

Penas, Ermitas (2021): "Siempre nos quedará París, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós en la Exposición Universal de 1889", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 851 (mayo), pp. 32-47.

Rodríguez Garabatos, Blanca (2021): *Emilia Pardo Bazán y la moda*, Coruña, Hércules Ediciones.

Rodríguez Fischer, Ana (2007): "Una apasionada esteta al pie del coloso de Hierro: Emilia Pardo Bazán en París", *La Tribuna: cadernos de estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, 5, pp. 241-263.

Saurín de la Iglesia, María Rosa (2004): "Modernización religiosa y cuestión social en Emilia Pardo Bazán", *La Tribuna: cadernos de estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, 2, pp. 177-199.

Sotelo Vázquez, Adolfo (2021): "Emilia Pardo Bazán y París (1889) de Augusto Vitu", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 851 (mayo), pp. 49-66.

Sotelo Vázquez, Marisa, (2000): "Emilia Pardo Bazán ante la crisis del 98: *La España de ayer y la de hoy, la muerte de una leyenda*", en *La crisis española de fin de siglo y la generación del 98*, Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo (eds.), Barcelona, Universitat de Barcelona PPU, pp. 355-368.

Sotelo Vázquez, Marisa, (2005): "Aproximación al pensamiento político de Emilia Pardo Bazán", en *Lectora, heroína, autora (La mujer en la literatura española del siglo XIX)*, V. Trueba et al. (eds.), Barcelona, Universitat de Barcelona PPU, pp. 357-367.

Sotelo Vázquez, Marisa (2008): "Emilia Pardo Bazán: Relaciones y correspondencias entre la crítica literaria y la crítica de arte", en *La Literatura Española del Siglo XIX y las artes*, J.-F. Botrel et al. (eds.), Barcelona, PPU, pp. 413-426.

Taine, Hipólito (1922): *Filosofía del Arte*. Madrid, Calpe.

Thion, Dolores (2005): "¡Aquel París! Emilia Pardo Bazán traductora de Auguste Vitu", *Cahiers Galiciens*, 4, pp. 197-242.

Unamuno, Miguel (1972): *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa Calpe.